

El narrador-personaje de *Donde deben estar las catedrales*, de Severino Salazar

Alejandra Herrera

“SÓLO EN ESTOS ESCASOS MINUTOS todo lo que hay sobre la tierra toma el color del alba.” Con estas líneas que describen intensa y líricamente el efímero momento previo al amanecer comienza *Donde deben estar las catedrales* (Premio Juan Rulfo para primera novela, 1984) de Severino Salazar (Tepetongo, Zacatecas, 1947-Ciudad de México, 2005). Todas las preocupaciones vitales, que irán apareciendo en las siguientes obras de este autor, inician y se condensan en esta novela: el estado de Zacatecas, su capital, Tepetongo y otros pueblos serán el escenario recorrido y atravesado por los personajes; la necesidad humana de contar y escuchar historias; la pregunta quizás incontestable por el sentido de la vida liga a la literatura de Salazar con la religión y la filosofía. La transgresión de las normas morales y sociales es otro asunto frecuentemente abordado, de ahí que algunos de sus personajes tengan un carácter de excepción; la búsqueda existencial como una necesidad apremiante siempre será una aventura inútil, cuya única razón de ser es la propia búsqueda. La imposibilidad del amor y el absurdo provocado por la extrañeza que genera el mundo a un sujeto, son otros temas constantes en la narrativa salazariana.

Ahora quiero detenerme en el narrador de “La tierra”, primera parte de *Donde deben estar las catedrales*, pues me sorprende que éste, cuyo nombre nunca sabremos, presente algunas similitudes con el autor de la novela. En el “Capítulo I” declara: “Soy un arquitecto y nací en Tepetongo, un pueblo a setenta kilómetros de esta ciudad [Zacatecas]. Estudié en México y en una universidad en las costas del País de Gales. Se podría decir que soy un hombre que está de regreso del mundo, muy vivido y con experiencia” (*Donde deben estar las catedrales*, p. 16). Parecería, entonces, que hay una identi-

ficación entre el narrador y el autor, quien también nació en Tepetongo, estudió letras inglesas en la UNAM de la ciudad de México e hizo una maestría en literatura inglesa comparada, en el Swansea College del País de Gales. El ser estudiado y viajado le confiere la calidad de hombre de mundo, especialmente cuando de esas ciudades regresa a su provincia. La única aparente diferencia se da en cuanto a los estudios, uno es arquitecto y el otro escritor. Y digo aparente, porque un escritor es un constructor, un edificador que con la misma acuciosidad del arquitecto estructura y fundamenta su obra en una plataforma sólida, para que ésta, entre otras cosas, sea consistente y verosímil. En todo caso se trata de un narrador que además es un personaje, pues al mismo tiempo que relata una historia ajena se va transformando.

¿Cuál es la causa que ha hecho regresar al arquitecto a la ciudad capital de su estado? El narrador confiesa su propósito: “Vine a buscar de nuevo una enseñanza que el tiempo y el olvido me arrancaron de las manos. Todo lo medular aconteció en el verano y en el otoño de 1957” (*ibid.*, p. 18). Así, pues, se trata de recontarse una historia que ocurrió en su niñez, él fue testigo del escándalo que provocó en Tepetongo. Entonces, ¿qué hay en esa historia que al narrador le parece tan importante? Pues, incluso, afirma: “Presiento que estoy a punto de llegar a una revelación” (*ibid.*, pp. 16, 17), lo cual hace evidente que esa historia le es particularmente significativa, pues uno casi siempre repasa y se detiene en los sucesos fundadores de la vida.

Para llegar a esa revelación el arquitecto se instala en un edificio colonial, enfrente de la catedral, la gran catedral barroca de Zacatecas, y reproduce a escala, en una maqueta, a su pueblo natal, Tepetongo: “Porque estoy dispuesto a



emprender un viaje a través de las callejuelas y valles que rodean ese pueblo [...] Y tienen que hablar los lugares y las cosas, pues la mayoría de las personas de esa época ya se fueron” (*ibid.*, p. 17). Aquí llama la atención la palabra *viaje*, especialmente el que se realiza en aras de encontrar un pedazo de sí mismo, la pieza clave que complete el rompecabezas de una existencia particular y que casi siempre termina en frustración, porque todo, lo esencial, ya está dentro de uno. Quizá la ganancia o pérdida esté en el propio recorrido, en el viaje, que a veces cambia el interior del viajero.

La historia que el narrador pretende resignificar tiene como tema el triángulo amoroso que se da entre Crescencio Montes, Baldomero Berumen y Máxima Benítez, los protagonistas. Desde las primeras páginas se anticipa que ellos ya han muerto y que la joven se marchó del pueblo, lo cual acrecenta la tensión narrativa, pues el lector se pregunta ¿cómo?, ¿por qué?

No se trata del triángulo habitual en el que una mujer está en el centro de dos hombres o al revés. Hay algo oculto, no revelado que subyace críticamente en las entrañas de esta historia, aunque las habladurías del pueblo y el escándalo se levanten sólo en la superficie de los hechos. El narrador describe el momento trascendente que liga a estos personajes así:

[Baldomero] Cruzó muy despacio el haz de luz que salía de la tienda, miró a Máxima Benítez atrás del mostrador; ella a su vez, apenas sonrió y miró a Crescencio Montes, y luego éste miró a Baldomero. Sus miradas dieron tres vueltas en ese orden, como si fueran un circuito eléctrico o un lento remolino que los envolvía para llenar sus existencias de extraños significados. Los tres, al unísono, sintieron algo que jamás volverían a sentir en sus vidas [...] Así manejamos nuestros destinos para que surja sólo una vez

el momento excepcional [...] y cada uno había partido de diferente tiempo para llegar al encuentro. Los tres lo habían salido a buscar como se busca el destino [...] En una fracción de segundo comprendieron que el propósito de sus vidas había sido llegar a este instante (*ibid.*, pp. 53-54).

Esta descripción sobrecoge por su intensidad y, por supuesto, genera en el lector una fuerte tensión, pues cada frase está cargada de una profundidad sorprendente, pero al mismo tiempo es tan abstracta que oculta el sustrato de este sentimiento fundamental en la vida de estos tres personajes. Lo que sí queda claro es que el triángulo se construye partiendo de las miradas y se realiza lo que en la tragedia se llama la *anagnórisis*, pero ¿en qué caen en cuenta estos personajes?, ¿cuál ha sido la revelación?, ¿qué descubren? Entonces surge una nueva pregunta: ¿por qué el narrador que lo que quiere es comprender este suceso más bien lo calla o lo disfraza mediante la belleza del lenguaje, en vez de explicarlo llanamente?

Conviene hacer una pausa para detenerse en estos personajes: Crescencio Montes es un hombre maduro, rico e importante de Tepetongo. Creció sin padre, y al morir éste lo reconoce y hereda. Así se explica que *Chencho*, como le llaman en el pueblo, sea dueño de una tienda moderna en la que se vende ropa y zapatos de mujer. No obstante su fama, aceptación en el pueblo y profunda religiosidad, es un ser atormentado, lleno de dudas y contradicciones. En los momentos fundamentales de su vida pierde la fe e incluso le reclama a Dios. Su conflicto vital es no poder aceptar la atracción que siente por el joven Berumen: “*Chencho* un poco fascinado [por Baldomero] le negó la paternidad a ese sentimiento” (*ibid.*, p. 34).



Baldomero Berumen es un joven apuesto y fuerte. Su oficio es amansar caballos. Es el hijo menor de la familia. No crece con su padre, pues éste muere fulminado por un rayo cuando Baldomero era niño. Es un hombre “callado, de pocas palabras, únicamente las necesarias para tratar con el mundo” (*ibid.*, p. 32). Las relaciones más estrechas de este joven se establecen con sus animales: su perro y su caballo. El misterio rodea su vida, nadie sabe qué piensa o siente. Es el novio de Máxima Benítez, empleada de la tienda de *Chencho*. Un día amanece muerto: se suicidó atravesándose un puñal en el pecho. ¿Cuál fue la causa que le orilló a esta determinación? No se sabe. Su hermetismo era tal que sólo quedaron dudas.

Máxima Benítez es una mujer joven, muy hermosa. Las habladorías del pueblo la ligan sentimentalmente a *Chencho*, su patrón. Pero sólo son chismes, ella es novia de Baldomero. Después de la tragedia envejeció notablemente y se marchó a Estados Unidos, donde cambió su nombre por Emma y se casó.

El suicidio de Baldomero hace evidente que su relación con Máxima no lo hace feliz, pero ¿por qué se relaciona, entonces, con ella?, y después ¿por qué se cancela toda posibilidad? Seguramente habría otros caminos, a menos que de plano no le interesaran, y el único que sí le interesaba sería imposible de realizarse en ese entorno, pues el clima del pueblo es opresivo y asfixiante. La gente percibe algo extraño en este triángulo, pero los chismes se centran en la relación de *Chencho* y Máxima; no se les ocurre, no pueden ni imaginar, que la joven es quien sobra en esta relación.

Quien verdaderamente queda desquiciado es Crescencio Montes. Hacía días que ya venía sufriendo calladamente. Le empezaba a atormentar la cercanía de la boda de Baldo-

mero. Después de que termina la fiesta que *Chencho* ofrece en honor de los novios, queda solo y ésta es la sensación que el narrador describe de él: “Había sentido cuando un desgarramiento comenzaba dentro de él y culminaba con la ruptura como de un hilo [...] que lo había mantenido unido [a su mundo]” (*ibid.*, p. 68). Después, al conocer la noticia del suicidio se pregunta:

“¿Por qué lo hizo un hombre que tenía todo lo imaginable para ser feliz?”, se repetía una y otra vez esa pregunta, muy asustado. Pero más terror le causaba la posibilidad de encontrarse con la respuesta [...] y fue la última pregunta que le lanzó al mundo. Y el mundo parecía un demente: no tenía respuesta que ofrecerle (*ibid.*, pp. 77, 78).

Y la respuesta que Crescencio ni en la intimidad quería escuchar es que la atracción que sentía por Baldomero era correspondida.

¿Qué hubiese hecho el narrador en el lugar de Crescencio? Él mismo lo dice: “Si yo hubiera sido él, habría parado en seco al objeto de mi amor y se lo habría confesado todo. Y a ver qué pasaba...” (*ibid.*, p. 67). La pregunta que surge ahora es ¿por qué no dice el nombre de Baldomero y lo sustituye por la palabra “objeto”? Parece que tiene la intención de mantener la ambigüedad.

En cuanto a Baldomero, el narrador afirma que muere a manos de su ignorancia. Se infiere que este joven no es instruido, si acaso tiene la educación rudimentaria que se da en las escuelas rurales, sólo conoce lo que sabe hacer, amansar bestias y lo hace con arte. Pero, ¿qué hubiese hecho el narrador en el lugar de Baldomero?, habrá que escucharlo:

Y me pregunté muchas veces si yo hubiera hecho lo mismo que Baldomero Berumen... Y la respuesta fue que sí. Porque a mí el mundo me ha provisto de herramientas para entender algunos embrollos de la vida. ¿Pero que pasa si a uno de pronto y sin ninguna preparación le dan a amansar una bestia de especie desconocida? (*ibid.*, p. 62)

Sorprende la identidad que se establece en estas líneas entre homosexualidad y “una bestia de especie desconocida”, pero hay una distancia de más de medio siglo de cuando ocurrieron los hechos, veinte años después de que el narrador está relatando los hechos. Por otra parte, el narrador parece afirmar que para aceptar la homosexualidad hay que ser leído y estudiado pues a un ignorante le es casi imposible asumir esta preferencia sexual.

Paradójicamente el narrador que sí es un hombre ilustrado y de mundo, empieza a mostrar síntomas de locura a lo largo del recuento de esta historia. Un mes es encerrado en el hospital porque de pronto apareció colgado en la fachada de la catedral y casi al finalizar su relato incendia la maqueta que reproduce Tepetongo, su pueblo natal, corriendo graves riesgos. Entonces se entiende que su personalidad, por más viajado y estudiado, no está bien estructurada, y esto es lo que ocurre cuando una conducta, rasgos o preferencia, es discriminada socialmente. O lo que es más, lo mismo da ser un ignorante que un letrado: asumir la homosexualidad siempre es un asunto que confronta a un sujeto con su mundo. En Zacatecas, dice el narrador “se hace el amor como los perros callejeros lo hacen: en un rincón apartado y con mucha cautela, casi con misticismo, como un acto clandestino bañado de culpa. La ciudad es –y contiene– muchas más cosas, pero a mí ya no me toca con sus manos famélicas y sucias” (*ibid.*, p. 38). En esta descripción se hace evidente el carácter opresivo de la provincia y no obstante que el narrador se siente a salvo, finalmente sí se siente afectado por los destinos de Crescencio y Baldomero, por el drama que jamás pudieron superar, y que es el mismo por el que él atraviesa.

¿Cuál es el mensaje que subyace en esta historia?, ¿qué pretende Severino Salazar expresar en esta novela a través de un narrador con quien el autor hace evidente su identificación? Con todos los riesgos que implica una respuesta, me atrevo a decir que lo que el autor expone aquí de manera tan honesta y profunda es el conflicto existencial de asumirse homosexual en una sociedad cerrada, que no admite la diversidad ni ninguna desviación de sus normas. Los homosexuales en estas condiciones están expuestos al escándalo, a la violencia y a la arbitrariedad de una sociedad que se ensaña en la vulnerabilidad de los que tienen diferentes

preferencias sexuales. Adecuarse a lo permitido, permanecer en “el clóset”, implica una negación tal del individuo que en extremo puede generar una respuesta como la de Baldomero o el desquiciamiento de Crescencio.

El destino del narrador no es menos triste. La soberbia expresada en su calidad de hombre de mundo, viajado y entendido de los embrollos de la vida, se castiga de este modo: “Regreso con las manos vacías. Nada encontré. Estoy solo. Pero esto no me causa dolor o tristeza. No hubo ningún desengaño... Y puedo repetir mil veces, como Juana, la loca: de mi casa se ve el mar, es gris”. Parece, entonces, que hay una imposibilidad de recuperar la propia historia en otra, y menos cuando se trata de una reproducción artificial, como la de la maqueta. La locura es el precio extremo de tanta conciencia. Por eso el narrador se queda solo y trastornado. •

Bibliografía

Salazar, Severino, *Donde deben estar las catedrales*, México, Random House Mondadori, (Debolsillo, 21), 2005, 174 pp.

ALEJANDRA HERRERA es profesora-investigadora de la UAM-Azcapotzalco. Estudió filosofía. Ensayista sobre literatura mexicana, está especializada en la narrativa de Severino Salazar.